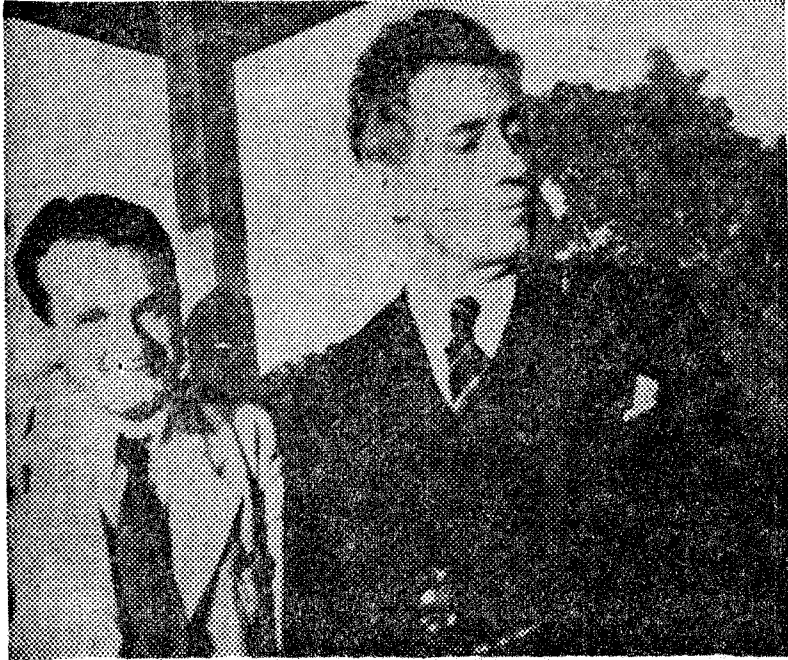


PAGINA de la MUSICA



RECORRIENDO LA MEMORIA

ACTUALIZACION DE FRITZ KREISLER



Kreisler con su amigo Franz Rupp en Río de Janeiro (1935)

El concierto de la violinista Johanna Martzy celebrado el lunes pasado para los asociados de la Cultural dio lugar a que fuera evocada circunstancialmente la curiosa y atractiva personalidad de Fritz Kreisler a través de algunas de sus piezas violinísticas. Para no pocos oyentes estas breves obras de arte menor representaron un pequeño descubrimiento porque el nombre de Kreisler en su acepción de autor, hace algún tiempo ha sido excluido en los programas de los concertistas bajo la fácil acusación de representar la frivolidad caduca de un repertorio violinístico incompatible con la sensibilidad del actual público que asiste a las audiciones de música de cámara.

Esta antojadiza excomunion imagino que será pasajera y revocable en atención, al menos al atractivo que ejerció la música del violinista-compositor vienés entre todos los concertistas del mundo pertenecientes a las generaciones inmediatas a la suya.

Algunos hemos sido testigos directos de esta mentalidad «kreisleriana» que entre nosotros se produjo en parte por influjo personal del artista que en tres ocasiones diferentes actuó en Barcelona. La primera fue en 1927, la segunda en 1934 y finalmente en el mes de marzo de 1936 Kreisler dio el último concierto barcelonés invitado como en las ocasiones anteriores por la «Asociación de Música de Cámara». Recuerdo perfectamente la extraordinaria impresión que me produjo entonces el artista que ya había escuchado dos años antes y que admiraba incondicionalmente a través de sus partituras, de una seducción única para todos los estudiantes de violín. Fritz Kreisler obtuvo entonces un éxito indecible como solista de la Orquesta Pau Casals dirigida por su ilustre fundador, en los conciertos de Beethoven y Bach. La segunda parte del programa fue dedicada a sus obras y adaptaciones que interpretó acompañado por el pianista Alexandre Vialata. Y fue entonces cuando conocimos la personalidad humana y artística de un músico cuya idiosincrasia no podía compararse con ninguna de los que le precedieron y sucedieron en el oficio de componer para el violín y divulgar su propia obra.

futura profesión. Me vi operando a un paciente por la mañana, jugando al ajedrez por la tarde, dando un concierto por la noche y —como anticipo de una brillante carrera— ganando una batalla a medianoche...

Después de estas veleidades y tras un periodo de estudio tenaz y obsesivo, volvió a las salas de conciertos, presentándose en Berlín y después de nuevo en América, con un éxito enorme, que ya fue definitivo y se prolongó hasta poco después de terminada la segunda guerra mundial. Vivía entonces en Estados Unidos como ciudadano de aquella nación, aunque jamás dejó de considerarse vienés de corazón y de formación cultural. Gran filántropo, ayudó constantemente a los artistas de su patria genuina, con los que se sintió siempre entrañablemente vinculado.

La faceta más curiosa de la personalidad de Kreisler queda reflejada en su obra de creación. Empezó ésta con la publicación de sus tres famosas piezas juveniles «Lieselsied», «Liebesfreud» y «Schön Rosmarin», que, dijo, eran arreglos de tres valsés del señalado compositor austriaco de principios del siglo XIX, Joseph Lanner, favorito de la corte y los salones vieneses y precursor de Hoffenbach. El éxito de estas supuestas adaptaciones fue tan grande que empezó a producir otras, las que todos hemos conocido, y que atribuía originalmente a los más diversos autores, desde Mozart y Beethoven hasta Foster, Brand y Cheminade, pasando por el padre Martini, Couperin, Franck, Paganini, Tartini y otros. La con-

Fritz Kreisler había nacido en Viena en 1875. En el conservatorio vienés, siendo niño estudió con Bruckner, después en París, donde prosiguió su formación con Leo Delibes y más tarde se benefició de la influencia de muchos otros artistas, músicos y literatos, que fueron sus amigos. En los cafés de Viena conoció a Hugo Von Hoffmannstahl y a Brahms de quien habló así en su autobiografía: «Tuve la inexpresable buena fortuna de tocar en cuartetos a los cuales Brahms trajo más de una vez, manuscritos de nuevas composiciones de cámara para leerlas con él y para él. Nos interrumpía, modificaba algún detalle de la escritura o discutía la instrumentación de algún pasaje. Conversar con un olímpico como él y estar realmente presente durante la creación de una música genial era inapreciable y un don duradero que no se desvanecía ni mella al confrontarse con la perspectiva del tiempo. Conocíamos entonces el néctar del espíritu; nos preocupábamos por la belleza. Y a Dios gracias, el hechizo no se desvaneció...».

En sus viajes por el norte de Europa intimó con Glazunov, César Cui, Rachmaninov, Paderewski. Residente en París —llegó a nacionalizarse francés— intimó con César Franck y Eugene Ysaÿe, cabeza de la escuela violinística belga que fue la suya, a pesar de que su temperamento versátil no le inclinaba hacia el rigor de un estilo interpretativo refinado con las superficialidades. En realidad, Kreisler, que estaba predestinado a ser el primer violinista de su época y un compositor poco productivo y vacilante en el estilo, pero de una rara elegancia, nada seguro de sí mismo, cambió varias veces de orientación antes de consagrarse plenamente a la música. Empezó su carrera de concertista viajando con Moritz Rosenthal por América, sin conseguir otra cosa que unos más o menos pallados fracasos, que le indujeron a dedicarse al estudio de la medicina —la profesión de su padre—, abandonándola para ingresar en la Academia Militar austriaca, donde obtuvo altos honores, que sin embargo no le decidieron a proseguir por el camino castrense. El futuro violinista debía, confesar después: «...En mis días juveniles tuve misteriosos presentimientos de mi

futura profesión. Me vi operando a un paciente por la mañana, jugando al ajedrez por la tarde, dando un concierto por la noche y —como anticipo de una brillante carrera— ganando una batalla a medianoche...

Después de estas veleidades y tras un periodo de estudio tenaz y obsesivo, volvió a las salas de conciertos, presentándose en Berlín y después de nuevo en América, con un éxito enorme, que ya fue definitivo y se prolongó hasta poco después de terminada la segunda guerra mundial. Vivía entonces en Estados Unidos como ciudadano de aquella nación, aunque jamás dejó de considerarse vienés de corazón y de formación cultural. Gran filántropo, ayudó constantemente a los artistas de su patria genuina, con los que se sintió siempre entrañablemente vinculado.

La faceta más curiosa de la personalidad de Kreisler queda reflejada en su obra de creación. Empezó ésta con la publicación de sus tres famosas piezas juveniles «Lieselsied», «Liebesfreud» y «Schön Rosmarin», que, dijo, eran arreglos de tres valsés del señalado compositor austriaco de principios del siglo XIX, Joseph Lanner, favorito de la corte y los salones vieneses y precursor de Hoffenbach. El éxito de estas supuestas adaptaciones fue tan grande que empezó a producir otras, las que todos hemos conocido, y que atribuía originalmente a los más diversos autores, desde Mozart y Beethoven hasta Foster, Brand y Cheminade, pasando por el padre Martini, Couperin, Franck, Paganini, Tartini y otros. La con-



Fritz Kreisler, en 1941, circulando por las calles de Nueva York, fue víctima de un grave accidente de tráfico que le incapacitó durante varios años y en realidad puso fin a su carrera de violinista, aunque después de la última guerra celebró aún algunos conciertos esporádicos. Un fotógrafo casual pudo captar esta información gráfica de la desgracia

fusión fue mantenida durante treinta años, durante los cuales asignó muchas de sus composiciones a músicos desaparecidos, haciéndolas pasar por glosas o transcripciones violinísticas.

No sólo convenció así a los musicólogos, sino también a otros violinistas. Fue el crítico Olin Downes, del «New-York Times», quien llegó a descubrir el artificio violinístico que era imposible de controvertir que en definitiva se disolvió favorablemente para Kreisler, en quien fue reconocida una tan prodigiosa habilidad y un tal conocimiento del oficio violinístico que era imposible dejar de admirarle. Además nunca llegó a aclararse del todo hasta qué punto se había producido un fraude, ya que algunos de estos arreglos se podía demostrar que eran auténticos (entre ellos los de un concierto de Vivaldi, «Las variaciones», de Tartini, sobre un tema de Corelli o la danza de «La vida breve», de Falla), y para aumentar la confusión el mismo Kreisler insinuó que más de una obra que había dado a conocer como íntegramente suya —el «Capricho vienés», el «Tamboril chino», o unos «Caprichos» para violín solo, por ejemplo— no estaban en realidad inspiradas en motivos totalmente originales.

Esto ha sido olvidado ya y dejó de dirigirse cuando en los años de nuestro reorden los violinistas incluían en sus programas aquellas piezas tan agradables, escritas con tanta distinción y gracia que se atribuían a Couperin-Kreisler, Pugnani-Kreisler o Martini-Kreisler. Pero también estas leves partituras parecen haber caído en el olvido, injustamente. Son pequeñas —fútiles tal vez o veniales— obras perfectas en su género y revelan la imaginación creadora o la facultad de asimilación de un músico verdadero.

fusión fue mantenida durante treinta años, durante los cuales asignó muchas de sus composiciones a músicos desaparecidos, haciéndolas pasar por glosas o transcripciones violinísticas.

No sólo convenció así a los musicólogos, sino también a otros violinistas. Fue el crítico Olin Downes, del «New-York Times», quien llegó a descubrir el artificio violinístico que era imposible de controvertir que en definitiva se disolvió favorablemente para Kreisler, en quien fue reconocida una tan prodigiosa habilidad y un tal conocimiento del oficio violinístico que era imposible dejar de admirarle. Además nunca llegó a aclararse del todo hasta qué punto se había producido un fraude, ya que algunos de estos arreglos se podía demostrar que eran auténticos (entre ellos los de un concierto de Vivaldi, «Las variaciones», de Tartini, sobre un tema de Corelli o la danza de «La vida breve», de Falla), y para aumentar la confusión el mismo Kreisler insinuó que más de una obra que había dado a conocer como íntegramente suya —el «Capricho vienés», el «Tamboril chino», o unos «Caprichos» para violín solo, por ejemplo— no estaban en realidad inspiradas en motivos totalmente originales.

Esto ha sido olvidado ya y dejó de dirigirse cuando en los años de nuestro reorden los violinistas incluían en sus programas aquellas piezas tan agradables, escritas con tanta distinción y gracia que se atribuían a Couperin-Kreisler, Pugnani-Kreisler o Martini-Kreisler. Pero también estas leves partituras parecen haber caído en el olvido, injustamente. Son pequeñas —fútiles tal vez o veniales— obras perfectas en su género y revelan la imaginación creadora o la facultad de asimilación de un músico verdadero.

CALENDARIO DE AUDICIONES

- Hoy sábado, por la mañana, a las 12.30, en el Conservatorio Municipal, disertación-coloquio para alumnos de dicho centro a cargo del director de orquesta Oskar Damon (presente estos días en el Liceo para las representaciones de «Tristán») sobre temas de actualidad musical.
- Por la noche, en el Liceo, primera de «Marina», de Arrieta, con Cecilia Albanese, Pedro Lavirgen, Pedro Farrés, Mario Solomonoff, bajo la dirección de Michelangelo Veltri. Con una nueva puesta en escena espectacular y una ampliación de las escenas coreográficas realizada por el maestro Altisent.
- Mañana, domingo, matinal de la Orquesta de la Ciudad, dirigida por Moshe Atzmon, con Leonora Milá solista al piano. El mismo programa que el anunciado para el concierto de ayer noche.
- Por la tarde, en la Casa del Médico, en el ciclo de los discípulos y amigos de los profesores Massia-Carbonell, la pianista M. Gloria Puig con obras de Scarlatti, Beethoven, Brahms, Chopin y un «Triptico clásico» del compositor J. M. Capella Valenti.
- Lunes, por la tarde, en el Colegio de Abogados, el Schaeffer Quartett, conjunto de cámara alemán con obras de Giovanni Babbini, Beethoven e Hindemith («Tardes Musicales»).
- Miércoles, día 24, recital de la arpista Rosa Balcells para la Asociación del Personal de la Caja de Pensiones para la Vejez (Amadeo Vives, 3). A las 7 de la tarde.
- Jueves, día 25, en el Liceo: la última ópera de la temporada

con la reaparición de Anja Silja, la sensacional soprano y actriz que tanto impresionó el año pasado al presentarse en «El buque fantasma». Interpretará el papel protagonista de «Salomé», de Strauss, junto con el



La soprano finlandesa Anja Silja

tenor Niels Moeller y, además, Sona Cervena, Franz Mazura y Luis Ara, bajo la dirección de Mladen Basic. Completará el programa la escenificación del ballet, también de Strauss, «La leyenda de José», con coreografía de Magriñá y participación de solistas y cuerpo de baile del teatro.

DESDE MADRID

CANTANTES DE ESPAÑA

Este comentario podría suscribirse desde Madrid, desde Barcelona o, mejor, en ocasión de alguno de esos viajes profesionales que nos acercan a nuestros artistas en pleno trabajo y cotización lejos de nuestras fronteras. Hace unas fechas redacté un artículo que vio la luz en el honorífico encuadre de la página musical de LA VANGUARDIA, sobre el silencio que pesa como una losa dramática en torno al teatro madrileño de la ópera. Después he asistido a representaciones liceístas, entre ellas a la monumental de «Aida» en la que ha sido pieza brillantísima el tenor español Pedro Lavirgen. No hablo de él, porque en la tarde del domingo fue reemplazado por un colega italiano. Pero aun sin juzgar su trabajo concreto, las referencias todas, que espero confirmar en sucesiva «recita», destacan el gran acierto del artista. Y fue su triunfo, el anterior logrado en el Liceo por Montserrat Caballé, el extraordinario que también alcanzó Jaime Aragall, los que premiaron las intervenciones de Manuel Ausensi, de Vicente Sardinero, el que aguarda a Pedro Farrés, como «Roque» en la inmediata «Marina», lo que me hace escribir ahora sobre este hecho venturoso, no por muy comentado menos atractivo para la insistencia elogiosa: cómo, en qué cantidad y calidad, las voces de España piden paso en el catálogo de las internacionales más valiosas.

Para nadie que viva, siquiera a través de la lectura y las informaciones de prensa, el acontecer lírico, es un secreto que las carteleras operísticas de las principales salas teatrales del mundo, las de conciertos más prestigiosas, encabezan muchas veces sus relaciones con nombres nuestros. No hace mucho que un gran fotógrafo madrileño, Juan Gyenes, húngaro de nacimiento y castizo por residencia y devoción, acudió con su cámara para dar testimonio de la vida del nuevo Metropolitan, de Nueva York. Pudo plasmar así, en excelentes documentos gráficos, el éxito que al tiempo grababan allí, en el templo de la lírica norteamericana, Teresa Berganza y Pilar Lorengar. Ambas, separadas y juntas —en «Las bodas de Figaro» se produjo la unión artística— lograban éxitos multitudinarios, apoteosis encendidas, ovaciones interminables y reconocimientos unánimes de la crítica. La sensibilidad de Gyenes recogió una prueba documental, incluso más valiosa: el retrato colocado en la galería de los «astros» de todos los tiempos que incorpora, no ya en vida, sino venturosamente en vida también artística, la bella estampa de nuestra Victoria de los Angeles, merecedora ya de esta inmortalidad. Y poco antes, hubiese podido servir testimonio de las sensacionales actuaciones de Montserrat Caballé.

Claro que la relación femenina no se agota. Que Enriqueta Tarrés, Consuelo Rubio, Francisca Gironés, Isabel Garcisanz, tantas otras, siguen sendas sin fronteras. Que, felizmente, nacen generaciones artísticas nuevas, con amplio campo frente a sí: tal, sin duda, el caso de Montserrat Alavedra, que ya comienza en el Mozarteum salzburgués a ser imprescindible para misiones de calidad, y que asegura un futuro muy prometedor.

Mientras, la Scala de Milán se rinde a la calidad bellísima de Jaime Aragall, uno de los tenores líricos con timbre más redondo y cualidades más perfectas en su cuerda. Bastaron sólo muy pocos años, para que el aplaudido «sposino» de la «Lucía» liceísta, viniese al escenario de su origen, ya en papeles primerísimos y con el marchamo de su internacionalidad. Y Alfredo Kraus, varios años cotizado en puestos relevantes de su escalafón, se hace imprescindible en los repartos de más campanillas. Y Pedro Lavirgen da el gran salto y asciende a lugares preeminentes a fuerza de generosidad en la voz amplia y timbrada. Y, en fin, Vicente Sardinero y Pedro Farrés, después de brillantes años de servicio al género lírico nacional se convierten con general asenso en cantantes de ópera y siguen las sendas hace tiempo transitadas por Ausensi, por el tenor Francisco Lázaro...

Aunque sólo fuese por ello, ¿no se justificaría el empujón que nos diese ese teatro de la ópera en la capital de España, que trabajase en fraternal tacto de codos con el Liceo, tantos años baluarte fijo del lirismo?

Antonio FERNANDEZ-CID

NOTICIAS

COMPOSITORES ESPAÑOLES PROPUESTOS PARA EL FESTIVAL DE LA S. I. M. C.

El Comité Directivo de la Sección Española de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea (S.I.M.C.) reunido en Madrid a últimos del pasado mes de diciembre, procedió a la selección de obras de compositores españoles para ser enviadas al Jurado Internacional de la citada Sociedad que deberá decidir en definitiva aquellas que habrán de ser incluidas en los programas del próximo Festival Mundial que tendrá lugar en Varsovia en verano del presente año. Las partituras escogidas para dicho fin son las siguientes: Carmelo Alonso Bernaola; «Música de cámara». Agustín Bertomeu, «Pantalán». Tomás Marco; «Los Caprichos». Claudio Prieto; «Oda XIV». Salvador Pueyo; «Conceptos». Enrique Raxach; «Texturas».

ANA RICCI, INTERPRETE DE MUSICA ANTIGUA

Bajo los auspicios del Instituto Alemán de Cultura y Juventudes Musicales, en la Real Capilla de Santa Agueda la mezzo Ana Ricci acompañada al clave por Angel Soler, celebró el anuncio recital de madrigales y canciones antiguas dedicando el programa a las obras españolas más significativas de los siglos XVI y XVII y a los compositores alemanes del XIII al XVIII siglos. La selección era muy buena permitiendo al oyente formarse una idea de las particularidades vocales, instrumentales y estilísticas de una música de doble interés histórico y estético. Ana Ricci, tan buena intérprete de los compositores de

vanguardia, es igualmente una cantante capaz de dar a las partituras arcaicas toda su vigencia emocional sin que la propia dicción se aparte de los preceptos escolásticos a que el género obliga. Esta constatación que repetidamente hemos hecho, pudieron confirmarla los asistentes al concierto, un público numeroso y entendido que manifestó su interés premiando a los intérpretes con muchos aplausos. En atención a esta buena acogida, fue repetido un madrigal de Johann Sigismund Scholze.

NUEVOS CANTANTES EN EL LICEO PARA «AIDA»

«Aida» de Verdi, ha sido uno de los mayores éxitos de la temporada de ópera que está tocando a su fin en el Liceo. No sólo la soprano de color Ella Lee —magnífica en la personificación de la protagonista— ha polarizado los aplausos del público sino también los demás cantantes según comentamos en la crítica aparecida a raíz de la primera representación de la obra. Hemos hablado pues de esta «Aida», pero debemos consignar que en posteriores reposiciones el reparto fue parcialmente modificado sin que por esto decayera la calidad del espectáculo. El domingo pasado, el tenor Luigi Ottolini sustituyó provisoriamente a Pedro Lavirgen en el papel de Radamés. Admiramos mucho la gran categoría de Lavirgen pero igualmente Ottolini ha sido celebrado como un cantante de excelentes facultades. El martes, con Lavirgen y Ella Lee cantó con éxito el papel de Amonasro el barítono Manuel Ausensi y el Amneris la mezzo Montserrat Aparici, artistas lo bastante conocidos para que no tengamos que incidir en el comentario.

PALACIO DE LA MUSICA ORQUESTA CIUDAD DE BARCELONA

Mañana domingo, a las 11 horas GRAN CONCIERTO MATINAL

Director: MOSHE ATZMON

Solista: LEONORA MILA (pianista)

Obras: BEN HAIM, RAVEL y TCHAIKOWSKY

X. MONTSALVATGE